

***Carta al Señor Ministro de Asuntos Exteriores de la
República Rusa
León Trotsky
5 de mayo de 1917***

(Versión al castellano desde “À monsieur le ministre des affaires étrangères de la république russe”, en *La guerre et la révolution*, Tomo Segundo, Editions Tête de Feuilles, París, 1974, páginas 304-308)

¡Señor!

Con esta carta tengo el honor de llamar su atención sobre un acto increíble de piratería, del que hemos sido víctimas tanto yo como mi familia y algunos amigos ciudadanos rusos, por parte de agentes del gobierno británico, aliado, por tanto y hasta donde se sabe, del gobierno que cuenta con usted como Ministro de Asuntos Exteriores. El 25 de marzo último, animado por la amnistía promulgada por su gobierno, me presenté en el Consulado General de Nueva York, en el que ya habían retirado el retrato de Nicolás II pero donde todavía reinaba una atmosfera de antiguo régimen. Tras las inevitables molestias, el Cónsul General decidió entregarme todas las visas para mi vuelta a Rusia. En el Consulado Inglés, en el que rellené todos los cuestionarios necesarios, se me aseguró que las autoridades británicas no pondrían ningún obstáculo a mi viaje. En presencia de un empleado telefoneé al Consulado Ruso, que me respondió que se habían cumplimentado todas las formalidades y que podía embarcarme sin temor.

El 27 de marzo partí con mi familia a bordo del navío noruego *Christianaffjord*. En Halifax (Canadá), donde el barco se sometió a un control de las autoridades marítimas inglesas, los oficiales de policía, que examinaban formalmente los papeles de los viajeros norteamericanos, noruegos, daneses y otros, nos interrogaron a nosotros, ciudadanos rusos, en el más puro estilo de los gendarmes de nuestra patria: opiniones políticas, etc... De acuerdo con la buena tradición revolucionaria rehusé seguirles por esa vía: estaba dispuesto a darles cualquier precisión útil sobre mi persona pero la política interna rusa no le concernía en absoluto a la policía marítima inglesa. Esto no impidió que los dos oficiales investigadores, Macken y Westwood, tras una segunda tentativa de interrogatorio, interrogasen a los otros pasajeros respecto a mí, en particular, Fondaminsk, y haciendo esto ambos policías insistían en el hecho de que yo era *a terrible socialist*, un terrible socialista. Esta investigación cogió un aspecto tan indecente, y ponía a los emigrados rusos en una posición tan excepcional en relación con los pasajeros que no tenían la desgracia de pertenecer a una nación aliada de Inglaterra, que algunos de nosotros consideramos nuestro deber dirigir, a través del capitán, una enérgica protesta a las autoridades inglesas sobre el comportamiento de los policías. Pero no habíamos previsto la continuación de los acontecimientos...

El 3 de abril, oficiales ingleses acompañados por marineros armados subieron a bordo del *Christianaffjord* y, en nombre del almirante que mandaba el puesto, nos comunicaron a mi familia y a mí, así como a cinco pasajeros (Chudnosvsky, Melnichansky, Fichelev, Mujin y Romachenko), la orden de abandonar el barco. En

cuanto a los motivos de esta exigencia se nos prometió “explicarnos” el incidente en Halifax.

Las autoridades inglesas no albergaban la menor duda sobre mi identidad y la de las personas que iban a retener. Se nos arrestaba por nuestra calidad de socialistas, auténticos o supuestos, es decir por ser oponentes a la guerra. Declaramos que la orden era ilegal y rehusamos abandonar el navío. Entonces los marineros armados, al grito de “shame” (¡es una vergüenza!), empujados por la mayoría de los pasajeros, nos arrastraron hasta un lancha que, bajo escolta de un crucero, nos llevó a Halifax. Cuando los marinos me agarraron, mi hijo mayor se lanzó sobre ellos al grito de “¿Tengo que pegarles, papa?”. Solo tiene once años, señor ministro, y pienso que toda su vida recordará vivamente ciertas particularidades características de la democracia inglesa y de la alianza anglorusa. En Halifax, no solamente no es que no se nos “explicó nada” sino que se nos negó la autorización para entrevistarnos con el Cónsul de Rusia asegurándonos que él estaba justamente allí teníamos que ir. Esta declaración no era más que una mentira igual que las otras declaraciones de los oficiales investigadores, que con su comportamiento y mentalidad podrían muy bien ser de antigua Ojrana. El tren nos llevó a Amherst donde se encuentra un campo de prisioneros de guerra alemanes. Se nos sometió a un cacheo tal como no lo había sufrido yo nunca, ni incluso en mi encarcelación en la Fortaleza de Pedro y Pablo. Desnudar al preso y su examen corporal se hacía individualmente en la prisión del zar mientras que nuestros aliados democráticos la hacían en presencia de una decena de personas. Los “marranos” que habían tramado todo eso, sabían perfectamente que nosotros éramos socialistas rusos de vuelta a su patria liberada por la revolución. Solamente al día siguiente el coronel Morris nos comunicó oficialmente los motivos de nuestro arresto: “Sois peligrosos para el gobierno ruso actual”. Le señalamos que agentes de ese gobierno nos habían entregado las visas indispensables para el viaje y que, además, ese gobierno era capaz de protegerse por sí mismo. El coronel Morris nos contestó que “éramos peligrosos para los Aliados en general”. No se nos entregó ningún documento justificando nuestro arresto. Después, el coronel añadió, de su propia iniciativa, que siendo emigrados obligados a abandonar nuestra patria por buenos motivos no deberíamos asombrarnos de lo que nos pasaba. Para este hombre la revolución rusa no existía. Intentamos hacerle comprender que los ministros zaristas que nos habían encarcelado estaban ahora tras los barrotes, pero esto era demasiado complicado para el entendimiento de este militar que había hecho su carrera en las colonias y en la guerra de los Boers. Para hacerse una idea justa de este digno representante de Gran Bretaña dominadora, es suficiente saber que tenía por costumbre decirles a los prisioneros insumisos o poco respetuosos “¡si tú llegas a caer en mis manos en la costa sudafricana!”. Si se puede decir que el estilo es el hombre se tiene base para poder decir que el estilo es el sistema (el sistema colonial británico). El coronel Morris nos tenía por revoltosos contra las autoridades legales y, en consecuencia, era completamente normal que tuviésemos un campo de prisioneros de guerra a guisa de residencia.

El 5 de abril tratamos de telegrafiar al gobierno ruso. Nuestros telegramas no fueron transmitidos. Durante toda nuestra detención las autoridades de Halifax nos negaron el derecho a dirigirnos a los ministros rusos. Intentamos esquivar esas prohibiciones telegrafiendo al Primer Ministro inglés. Ese telegrama tampoco fue transmitido. Tuvimos que acordarnos de nuevo de las prisiones zaristas en las que las reivindicaciones no eran bloqueadas por aquellos mismos a quienes iban dirigidas. Todo lo que se nos permitió fue ponernos en contacto telegráficamente con el cónsul ruso en Montreal, Señor Lijachev. Nos respondió que había advertido al embajador en Londres y que hacía todo lo que podía. Nuestros ulteriores intentos para ponernos en

comunicación con el cónsul general también fueron infructuosos. Las autoridades anglocanadienses tomaban todas las medidas para evitar nuestra comunicación con el gobierno ruso y sus agentes. Más aún: cuando el comandante del campo me permitió una entrevista con mi mujer, puso condiciones increíbles: no debía transmitirle ningún mensaje para el consulado. Rechacé la entrevista. Esto pasaba ya dos días después del embarque. ¿Qué hacía Lijachev? ¡Ni idea! Todo lo que puedo decir es que no vino a vernos para darse cuenta en persona de cómo trataban a los ciudadanos rusos las autoridades inglesas.

El campo militar de Amherst estaba establecido en una fundición sucia y abandonada al máximo. Los camastros se amontonaban en tres hileras y dos en profundidad en cada lado. Ochocientos hombres padecían esas condiciones de vida.

¡Usted Señor Ministro puede hacerse una idea de qué atmosfera reinaba en esas habitaciones durante la noche! A pesar de los esfuerzos de los internos, esfuerzos heroicos e incesantes para conservarse física y moralmente, había allí cinco dementes. Dormíamos y comíamos en compañía de esos cinco dementes, ¡Señor Ministro! Está fuera de toda duda que si el cónsul hubiese hecho el mínimo esfuerzo habría logrado condiciones de existencia menos repugnantes.

Pero los cónsules rusos han sido educados en el profundo desprecio hacia la dignidad de los ciudadanos rusos de la clase no dirigente y en el odio hacia los emigrados políticos. Han borrado de sus sobres el nombre “imperial” y con ello consideran que han cumplido con su deber hacia la revolución. Ignoro en qué momento decidieron los ingleses ponernos en libertad. En cualquier caso, se nos retuvo todavía diez días más, después de los cuales el capitán Macken, que se encargaba de nuestro asunto, le declaró a mi mujer que éramos “libres”, pero que teníamos que esperar la llegada de un navío que se nos había asignado. El coronel Morris, el mismo que había hecho su carrera en la guerra angloboer y en el aplastamiento de las revueltas hindúes, nos habló hasta el último momento, el 29 de abril, como si fuéramos criminales convictos. Ni nos advirtió de nuestra liberación ni de nuestro destino. Se nos “ordenó” simplemente recoger nuestras cosas e ir, bajo escolta, a Halifax. Preguntamos ¿dónde y por qué? Ninguna respuesta. ¡Reconocerá usted, señor ministro, que teníamos buenos motivos para no fiarnos de las buenas intenciones de estos señores! Declaramos categóricamente que no nos moveríamos voluntariamente sin saber dónde debíamos ir. Los soldados se llevaron nuestras maletas. Solamente cuando se vieron frente a la necesidad de transportarnos, como lo habían hecho durante nuestro arresto, el comandante del campo hizo llamar a uno de nosotros a la oficina y le declaró con su tono anglo-africano que debíamos embarcar en un vapor danés. Se dará cuenta usted, señor ministro, de cómo nos liberaron nuestros aliados tras un mes de detención en un campo de prisioneros de guerra.

Admitiendo que Inglaterra nos haya arrestado en tanto que emigrados políticos (esa turba de refugiados políticos, según la expresión del coronel Morris), entre nosotros había quién no llevaba la marca del “crimen” en su rostro. Constantino Romachenko había viajado a Nueva York con los papeles perfectamente en regla. No se dedicó a ninguna propaganda, y no pertenecía a ningún partido. Volvía a Rusia con un pasaporte zarista. Lo que no les impidió a los ingleses retenerlo un mes completo sobre la base de una denuncia mentirosa o, simplemente, un error. Los nombres rusos no les son familiares a los funcionarios ingleses y esos señores no ven la necesidad de molestarse con ciudadanos rusos.

Este último rasgo queda al descubierto por el comportamiento de los ingleses con mi familia. A pesar del hecho que mi mujer no era emigrada política, que tenía un pasaporte perfectamente en regla, que no visitaba el extranjero para hacer agitación

política, fue arrestada con sus dos hijos de once y nueve años. ¡Este arresto de mis dos hijos no es retórica, señor ministro! En primer lugar se intentó separar a los hijos de su madre. Sólo después de una enérgica protesta de mi mujer se les devolvió y los tres fueron alojados en la casa de un agente de policía angloruso que, por miedo a algún “recado” ilegal, no dejó salir a los niños sin vigilancia. Hasta pasados once días mi familia no recibió autorización para alojarse en el hotel con la obligación de presentarse cada día en la comisaria. Se les procuró un pasaje en el vapor danés *Helig Olaf*, sin preocuparse en saber si la travesía era peligrosa (esto pasaba poco después de la declaración de hostilidades entre los EEUU y Alemania). El capitán Macken y su almirante se preocuparon muy poco de nuestra suerte y de nuestro acuerdo tras haber sido obligados a salir de la base “aliada”. A mis preguntas sobre los motivos de tal acto de piratería contra mi persona, el capitán Macken me respondió con desenvoltura que él sólo era un ejecutor, que las órdenes venían de Londres y que, después de todo, le daba demasiada importancia a este asunto: “Actualmente, cuando países enteros son aplastados, cuando Bélgica... etc, etc.” ¡El estilo es el sistema, señor ministro! No me quedó más remedio que contestarle al indestructible defensor de las pequeñas naciones que si alguien lo cogía del cuello para robarle su cartera y alegaba la suerte de Bélgica para justificar su acto, sería difícil cerrar así el incidente.

Pero mientras que el capitán-investigador no ofreciese ninguna aclaración, el interrogante se mantenía planteado en toda su integridad: ¿quién ha hecho que se nos arreste y por qué? Que la orden de retener a emigrantes políticos con ideas divergentes de las del gobierno inglés hubiese venido de Londres estaba fuera de toda duda, pues Lloyd George no podía dejar escapar la ocasión de desplegar esa titánica energía que le ha servido para izarse al poder. Pero todavía queda pendiente una pregunta: ¿quién nos ha señalado a las autoridades anglocanadienses como merecedores del arresto? ¿Quién ha facilitado a Halifax, entre o cuatro días, un certificado de nuestro pensamiento político? Todo un cúmulo de circunstancias nos lleva a concluir que debemos ese servicio a la complacencia del cónsul ruso, el mismo que había retirado el retrato del emperador y borrado la palabra “imperial” de los membretes. Con una mano, nos tendía los documentos acreditativos y probaba su lealtad hacia un gobierno de amnistía, con la otra mano, transmitía informaciones secretas a las autoridades inglesas con la confianza de que su actividad en este sentido se demostraría llena de esperanzas.

¿Es justa esta suposición? ¡Dispone usted, señor ministro, de más posibilidades que yo! Pero, independientemente del hecho que mi suposición sea justa, independientemente de todas las particularidades de pasillo de este asunto, no deja de existir el hecho que las autoridades inglesas procedieron, en un barco neutral, al arresto de siete ciudadanos rusos y de dos niños que viajaban con papeles debidamente cumplimentados, en regla, que esas personas fueron retenidos un mes entero bajo condiciones indecentes, que fueron “liberadas” bajo tales circunstancias que constituyen un ultraje para las personas “liberadas” y para el gobierno que las hizo liberar. Son hechos irrecusables. Sin entrar en el dominio de las concepciones de política general y no saliendo del marco de mi observación, me queda solamente, pues, formular las siguientes preguntas:

¿No piensa usted, señor ministro, que es indispensable tomar las necesarias medidas para forzar al gobierno inglés a tratar, si no con respeto, al menos con el respeto del derecho elemental, a la gente, a emigrados rusos en territorio controlado por las autoridades inglesas?

¿No piensa usted que con ese objetivo es indispensable: a) hacer lo necesario para que el gobierno inglés presente excusas a sus víctimas; b) hacer lo necesario para los agentes ingleses responsables sean castigados, sea cual sea su grado; c) hacer lo

necesario para que el gobierno inglés indemnice a las víctimas por la pérdida de sus bienes durante el registro y detención arbitrarios?

A mi llegada a Petrogrado conocí el comunicado oficial de la embajada inglesa respecto a mi arresto en Halifax. Sir Buchanan declaró que *estábamos provistos de subsidios por el gobierno alemán* y de un plan para derrocar al Gobierno Provisional.

Esta historia de dinero entregado por Alemania completa la intriga significativa del comportamiento inglés hacia los emigrados políticos rusos (hecha de violencia, mentiras y calumnias). ¿Cree usted, señor ministro, que está dentro de lo normal que Inglaterra esté representada por un personaje que usa calumnias tan vergonzosas?

Esperando su respuesta tengo el honor de asegurarle mis respetos.

Petrogrado, 5 de mayo de 1917

L. Trotsky

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es